



A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:
S.: F.: U.:

Respetable Logia Simbólica "Arco Iris" 38

M.: M.: Erik Mauricio Sotomayor Yevenes

La Muerte

En nuestra orden a menudo nos mostramos convencidos de que la muerte es un proceso de regeneración, para el cual contamos con símbolos y alegorías a los que cada año recurrimos en diferentes rituales –un ejemplo claro es nuestro permanente camino hacia los solsticios. Creemos comprender a conciencia la metáfora del trigo como un ciclo constante de vida; sin embargo no podemos dejar de temer. ¿Será posible que la muerte deje de ser una calamidad inculcada por la cultura occidental? ¿Podríamos sentirnos a gusto al momento de esperar o percibir la muerte de un amigo, de un H.: , de un familiar o de nosotros mismos?

Todos los seres vivientes contienen, dentro de sus genes, un código conocido como instinto de auto conservación, lo que origina un rechazo o temor innato hacia la muerte. El hombre no sólo se cuida de vivir, sino también piensa que ha de saber morir. Bajo este esquema tanto la magia como la religión se han convertido en necesidades humanas de las que emerge la necesidad sublime de crear un Dios como producto de los deseos de inmortalidad. Está claro que anhelamos ser inmortales y nada mejor que crear, creer o aceptar un ser que la garantice.

La mayoría de seres humanos pensamos que ante nuestra ausencia: nuestra sociedad, nuestra familia e inclusive nuestra logia sería diferente. ¿Es que acaso es un mal la muerte? ¿No es muchas veces un bien? Debemos entender que venimos al mundo material a través de las puertas del nacimiento, y ascendemos al mundo invisible por las puertas de la muerte, para regresar y retirarnos de nuevo siguiendo el ritmo de la marea cíclica de la vida en evolución.

En un sentido amplio la muerte está presente desde que nacemos, ya que vamos muriendo de a poco en el transcurso de la vida; inspira temor la definición común de la muerte, como la cesación de nuestras funciones corporales que normalmente viene acompañada con un sufrimiento aparente fundamentado por la ley de disolución que rige la vida.

La muerte se hace presente como el silencio, y es que hay miedo al hablar de ella. En algunas sociedades suena incluso hasta de mal gusto o a falta de educación nombrar la muerte y existe un miedo muy especial a hablar de la muerte propia. Permittedme QQ.: HH.: citar una frase de Ferrater Mora que parece totalmente cierta:

“En la vida cotidiana los lazos que establecemos con otras personas son a veces tan profundos, que su muerte es un mordisco a nuestra propia vida. De forma que sentimos su muerte como si hubiera muerto una parte de nuestro ser.”

Se ha identificado que mientras mayor materialismo inculque una doctrina; mayor será el temor a la muerte. Un ejemplo claro está dado en la cultura Inca: cuando murió Huaynacpac, mil guerreros de su ejército fueron ejecutados para que lo acompañen y le sirvan en la siguiente vida; algo similar ocurría en el antiguo Egipto, al cual debemos un sin número de tradiciones, cuando moría un faraón se lo enterraba junto a sus pertenencias más preciadas y de la misma manera se realizaban sacrificios que garanticen su estadía en el próximo ciclo. Ni que decir del día de los muertos en muchos lugares de latino américa, incluyendo a Bolivia, donde existen costumbres que van desde a alimentar las almas con platillos que en vida les agradaba, hasta servicios de médiums que gentilmente se prestan para intermediar con nuestros recuerdos. De forma contraria, las culturas más espirituales consideran que al morir caemos una alienación, una pérdida de nuestra individualidad dentro de lo que suele llamarse amorfa colectividad que ocurre al fusionarnos al “todo”; nos vivirían en vez de vivir dado que retornaríamos nuevamente al “uno” o “todo” que también respalda nuestra herencia hermética.

Es evidente que en este mundo material, la experiencia demuestra que no hacemos lo que pensamos. Definitivamente nos resulta muy difícil renunciar a todo lo que nos aferra a “la vida” –y esto lo encontramos a menudo en las típicas diferencias económicas que dividen nuestro diario vivir. El saber renunciar a los bienes materiales y entender que no nos llevamos nada más que nuestra experiencia personal nos daría un gran impulso a ser menos egoístas y practicar una verdadera triada masónica. He ahí el secreto del saber morir, y estoy seguro que este aprendizaje está oculto dentro de nuestros templos para los que lo deseen encontrar.

En nuestra Orden no es casualidad exigir el convencimiento masónico en el G.:A.:D.:U.: pues está implícito en Él que la vida y la muerte son un claro ejemplo de la igualdad masónica. Es evidente que todos nacemos y morimos de misma manera. Según cuenta nuestra propia leyenda; Hiram, a pesar de su grandeza y sabiduría, fue “igualado” como cualquier otra persona por medio de la muerte. ¿Entonces que nos corresponde aprender acerca de la muerte? A mi parecer, la gran enseñanza que nos brinda la masonería es que lleguemos a entender la muerte como un fenómeno propio de la vida, hablar de ella con naturalidad, lo que nos permitirá desarrollarnos como personas y envejecer con

dignidad; que morimos cada vez que buscamos desentrañar algún misterio o incógnita y cada que logramos desterrar la intolerancia, los dogmas y los prejuicios al mismo tiempo nacemos a una vida acompañada de libertad de conciencia.

En tercer grado, la masonería nos enseña a morir al volvernos maestros. El sólo sentirnos en un ataúd nos da un pre-aviso de un destino no muy lejano del cual no podemos escabullirnos. Mucho podríamos comentar acerca de la muerte, sin llegar a una conclusión definitiva, puesto que ella fue, es y será uno de los más grandes misterios. Sin embargo, si algo podríamos afirmar con certeza es que la muerte es lo único seguro que conocemos, es un fenómeno cien por ciento factible. Todos sin lugar a duda algún día vamos a morir, no podemos elegir las condiciones físicas de aquel día pero si podemos decidir adoptar nuestra postura mental y espiritual frente a la muerte. Apelo a vuestra tolerancia para finalizar este trazado con un verso de Ruben Dario:

*Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.*

*Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra
y por lo que no conocemos y apenas sospechamos,*

*y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos!...*

He cumplido V.: M.:

M.: M.: Erik M. Sotomayor Y.

Valle de Cochabamba, 8 de Septiembre de 2011